

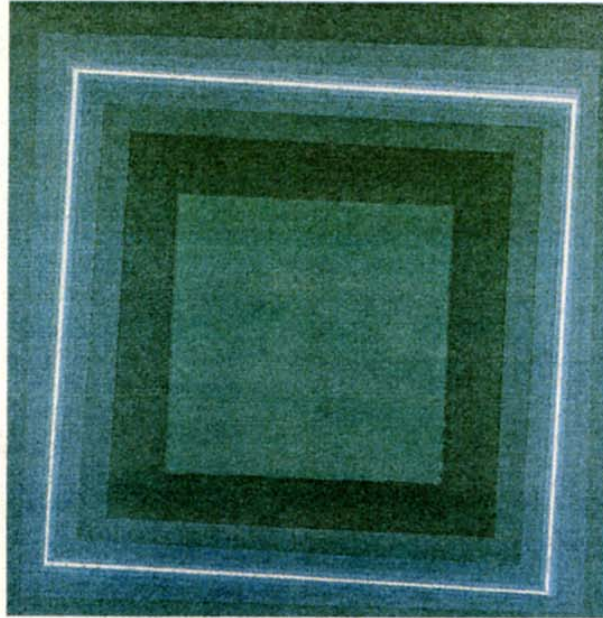
PINTURA

Yturralde, geometría de la pasión

JOSÉ MARÍA YTURRALDE
RETROSPECTIVA
IVAM, Valencia
C/ Guillén de Castro, 118
Hasta el 27 de febrero

La evolución de José María Yturralde, injustamente olvidado en la última década tan dada a magnificar lo banal, le lleva desde posiciones geométricas sustentadas por una pasión científicista, como ocurría en las *Figuras imposibles* de los años setenta que eran el resultado de una microgramática generativa en las que fue determinante el uso temprano del ordenador en el Seminario de Generación Automática de Formas Plásticas, a una pintura que es su versión particular de los planteamientos del minimalismo, con su pasión por el monóculo, la línea y la disposición reticular. En los cuadros de los años noventa, Yturralde explicita la importancia de lo *músical* en su obra, esto es, la estructuración a partir de ritmos, secuencias armónicas o contrastes tonales: «El hecho de llamarle *Preludio* —señala Yturralde— además de la musicalidad, me suena a un volver a empezar, a la génesis de algo». Los ritmos de las formas aluden a una música que desciende al inicio, ofrece un espacio en el pensar el ser en relación con el fundamento o bien retornar a la teoría sinfónica del cosmos, de procedencia pitagórica continua viva: la *eurythmia* es el principio de la seriación, Yturralde convoca la *levedad de la música*, esa alegría que está más allá de la gramática, revelando un sentimiento justo: pinta la belleza de la luz, la potencia que surge tras la oscuridad, en lo que es simultáneamente eclipse y amanecer.

En las obras de Yturralde de los años setenta había un predominio de los cuadros monóculos, de refinados matices y un orden riguroso en el que aparecían *caóticas rupturas*. Aquel *dinamismo de la inmovilidad*, ejemplificado en obras como *Movimiento reposado divergente* y *Formación línea espacio* que presentara en la exposición de la Galería Eburne (1967), ha sido sustituido en las obras de los noventa por una *apelación al vacío*, desde una armonización absoluta, en la que va aumentando el lirismo. El vacío, según Yturralde, no sería un espacio ausente, «quizá la espejeante incertidumbre del tiempo (inmóvil) que no transcurre, el posible umbral sin presente, donde la nada son puntos cero, cuyas unidades más pequeñas se extienden infinitamente, sin dirección, sin gravedad. Como en un leve sueño con un poco de frío detrás». Las pinturas de Yturralde recuerdan los mandalas tántricos, esos espacios para la meditación en los que se plantea la concentración

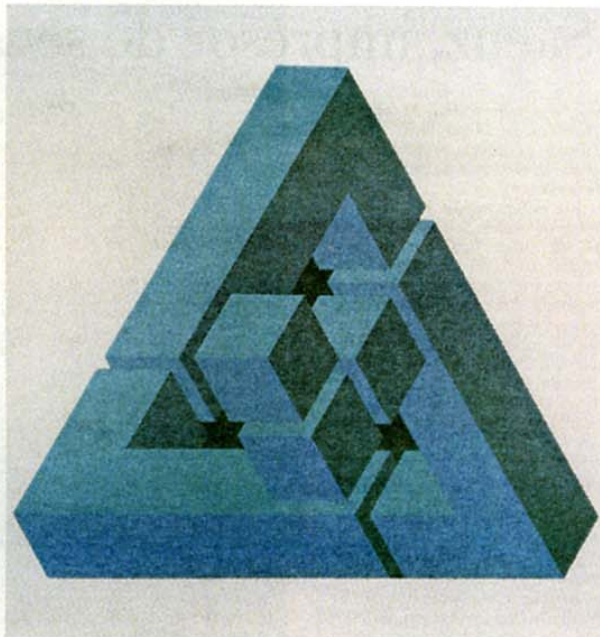


Preludio, acrílico sobre tela de 1992

sobre un centro imaginario y vacío, en el que hay una simetría de las resonancias. El interés por el *vacío oriental* alcanza su cota en la fascinación que siente este creador por el jardín de Ryoan-Ji de Kyoto: «Mis pinturas tienen algo que ver con el jardín japonés. Los cuadrados no son cuadrados, las líneas están inclinadas, no siguen los parámetros de la vertical y la horizontal. Aquí

hay líneas rectas pero cada vez son más confusas y más difusas, sobre todo en mis últimas obras». Yturralde entiende perfectamente la búsqueda obsesiva, en Oriente, de un espacio armónico contemplativo que fuera una suerte de *intimidad íntima*, como ocurre con el *toko no ma*, tal y como lo describiera Tanizaki.

Un desarrollo espléndido de la



Estructura serie triangular, 1972

JOSÉ MARÍA YTURRALDE
Galería Miguel Marcos, Barcelona
C/ Jonqueres, 10
Hasta el 15 de enero
De 900.000 a 2.500.000 pesetas

plástica de Yturralde es el que le llevó a sus estructuras volantes, a dar cuerpo a esa fascinación o sueño del vuelo que es emblema de la libertad. Esos mecanismos que este creador construye para que vuelen sirven para estimular las condiciones expresivas, desde lo poético o emocional, siendo, al mismo tiempo, una reflexión sobre la fenomenología de lo multidimensional. Surgen en estas extrañas cometas unas visiones de empatía con la naturaleza, en las que aparece la idea de la relatividad de nuestra posición en el cosmos tanto como la de la interacción de todas las energías («los agitados vórtices, las caóticas turbulencias») y de integración de la estructura con el paisaje.

Si en sus primeros años creativos las tensiones esenciales le llevaron a la preocupación por las hipergeometrías, en su obra actual domina el *placer de la pintura*. En la retrospectiva de la obra de Yturralde en el IVAM puede, por fin, reconsiderarse unos planteamientos que son tan rigurosos como poéticos, recuperando a un artista decisivo, no solamente en los lejanos años sesenta sino particularmente vigente en el contexto de la meditación pictórica contemporánea. La serie que presenta en la Galería Miguel Marcos, así como los cuadros que ha realizado específicamente para cerrar el itinerario en Valencia, manifiestan una especial monumentalidad y un ensimismamiento en la sensualidad cromática, así como nos presentan a un pintor que ha encontrado un tono magistral. Los juegos de transiciones cromáticas, una especie de proyecto de veladura, la iridiscencia en una diferenciación mínima apuntan hacia una *transparencia utópica*, como si esa fuera la metáfora absoluta que vertebraba la estética de José María Yturralde.

Si en Ryoan-Ji todo está concentrado en un espacio acotado, la pintura es, para Yturralde algo que en cierto sentido termina por *desbordarse*, un agujero por medio del cual se revelan cosas ocultas. El lazo encendido de la razón poética de Yturralde es un *estado de ánimo*: el sentimiento de comunión que confronta con la luz plomiza de apatía de nuestro tiempo. Yturralde ha sentido la locura de la luz, la belleza del instante y el sentimiento poderoso que puede unirnos a un lugar: jardín, cometa, cuadro, figuras espléndidas de una intensa *geometría de la pasión*.

Fernando Castro Flórez